

LA LIGA HANSEÁTICA:

PRIMER MERCADO COMUN

El hombre siempre ha buscado asociación con otros cuando se ha tratado de la prosperidad y enriquecimiento colectivo basado en los grandes y sólidos principios de un intercambio equitativo.

La poderosa Liga Hanseática, mundialmente conocida por su proyección y larga duración, prácticamente hasta nuestros días, sería un buen ejemplo del pasado, digno de evocarse ahora. Porque fue el primer Mercado Común del mundo, según su concepto actual. Y que no desapareció del todo, puesto que sobrevivió en aquel fuerte triunvirato formado por Hamburgo, Bremen y Lübeck, sus progenitoras. "Ciudades Libres y Hanseáticas", proclaman sus heráldicos escudos edilicios.

Rica cosecha de experiencias que sirvió de base para reactivarlo a partir de nuestra década del 50; y, al igual que consta en las actas iniciales de su vida —caligrafiadas en un latín bajo— cada vez adhieren mayor número de Estados. Esto es, una Hansa reactualizada que ahora incluye a las rutas universales del aire (luft), hace mucho ya confederadas entre sí. Ocho siglos atrás insospechadas.

Los eruditos afirman que su nombre provendría del sánscrito —"Hamsa"—, ligeramente modificado, como se ve, que significaría cisne. De ahí que sus navíos lo llevaban a proa, sobre cubierta, como alegoría y distintivo.

Aquéllos eran tiempos iletrados y cuando los grandes cerebros que no lo

Por

Alfredo HERNANDEZ Camus

eran, se unían, formaban un enjambre de los intereses comunes para defender y acrecentar el patrimonio económico de todos. En el hecho, una declaración de guerra a muerte contra la pobreza e ignorancia, fruto del cataclismo del orden social —rico, siempre, en desatinos— que en ese entonces asolaba a la Europa septentrional.

En una apretada cabalgata tras una fugaz persecución de imágenes, remontémonos por un instante a los lejanos días de 1210. Cuando, en pos de mutua protección, una animosa hermandad de mercaderes hamburgueses creó una alianza mercantil con Lübeck, que el empuje y diligencia propios de su raza convirtieron pronto en lucrativo negocio. Una alianza que, sin quererlo, cogió gradualmente en las doradas redes del comercio —vena yugular de las naciones— a todo el medioevo de aquella Vieja Europa.

¡Europa, península del Asia donde pudo tal vez haber nacido el habla universal! ¿De América? De ésta nada se sabía aún. En la Biblia de esos tiempos aquella no cabía, porque los hijos de Noé no la pisaron...

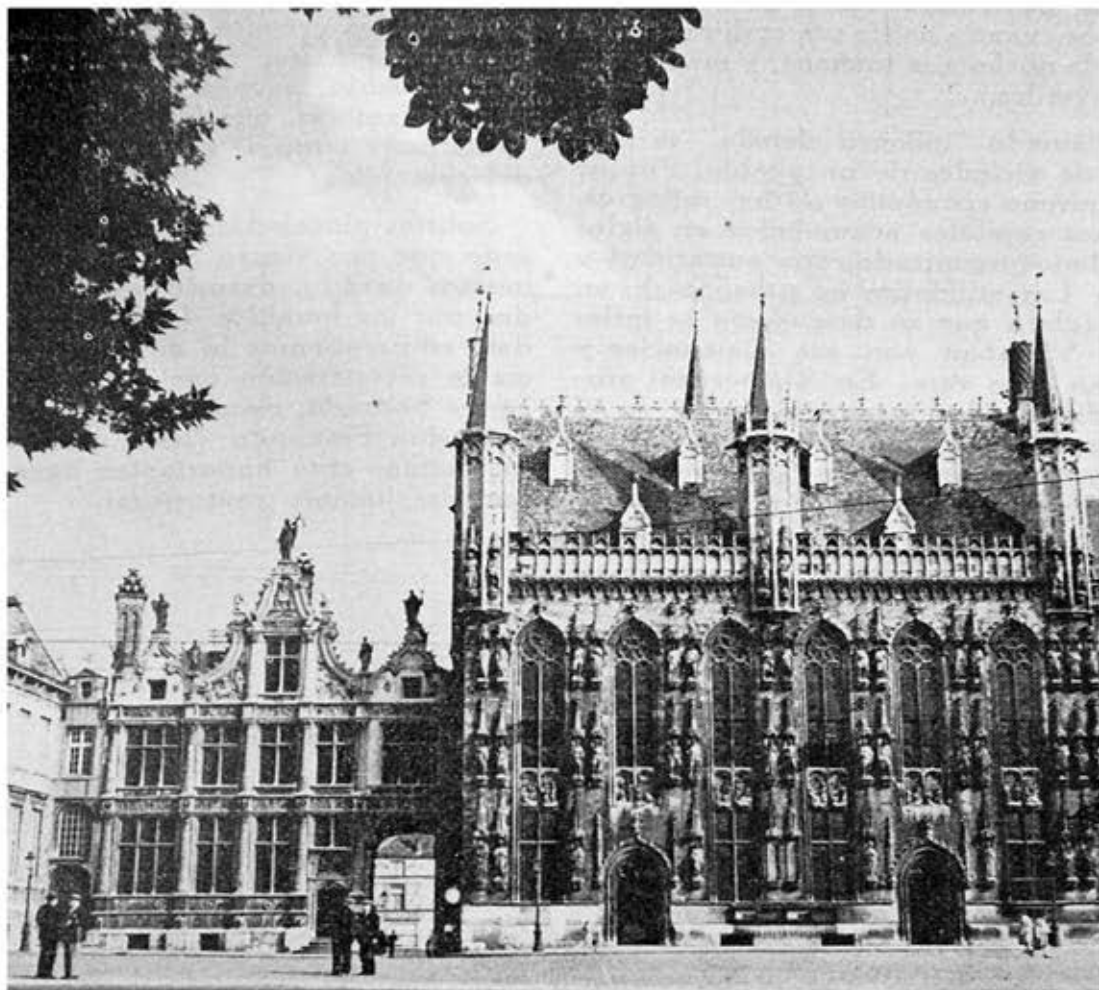
Pero una anarquía desatada, imperante a la sazón, conminó a los gremios y a un comercio atemorizado a congregarse sin tardanzas en Colonia, la Roma alemana, ya en 1169. Millares de factoristas, mercaderes, menestrales, traficantes, artesanos, invitaban a apoyarse recíprocamente; a armarse... confederarse. Porque el asesinato a mansalva y el despojo consiguiente era el fin inevitable del mercaderante burguensis (del burgo o ciudad) que se aventurara, sin fuerte escolta, apenas más allá de los amurallados límites urbanos, marítimos o fluviales. La fusión, pues, de aquellas dos ciudades nortealemanas, fue la consecuencia de lo acordado en Colonia, no obstante el ritmo lento del rodar del mundo de esos calendarios, que, por otra parte, acondicionó su eficiencia.

¡Asociarse... negociar... la unión hace la fuerza...! Lema, santo y seña "semper invictus" de la Hansa, apelativo ya oficial al despuntar el siglo XIII; y como no bostezaban sus vidas, otras ciudades homónimas, bajo su estímulo, adherían a la Confederación. Así, desde los baluartes de Visby, en la isla Gotlan-

dia —especie de tortuga gigante de los mares del sur en pleno Báltico—; desde los muelles de Londres y de Bergen —con sus fiordos nunca helados—; desde las ricas ciudades de Flandes; del corazón de Rusia Blanca, hasta los codiciados y distantes horizontes meridionales: la bella Lisboa, Cádiz, Venecia y Constantinopla —la Señora del Bósforo— formaban otros tantos mercados-fortalezas del ahora un intercambio masivo, unido y opulento.

¡Culto consanguíneo, hermandad o regimiento místico! Estrechamente ligados por una disciplina de hierro, propia de aquel clima cívico, moral e intelectual de la "Jus Hanseaticum", su ley común; con sus pendones de oro y plata y el águila como símbolo. Dinámica Comunidad de Naciones que restableció el orden jurídico e infundió confianza y vigor económico-intelectual en regiones antes fragmentadas por un libertinaje y sectarismo sin barreras, dando en cambio forma definitiva a conceptos e instituciones que hasta hoy norman nuestras vidas. Con pujanza avasalladora, hacia metas cada vez más elevadas, supieron diestramente orientar la industria, la banca y el comercio, bajo la protección, primero, del derecho, y luego por flotas y ejércitos propios. Además crearon el sistema de bancos ambulatorios, provistos del circulante de cada región continental, para facilitar transacciones. Acuñado con el mineral de plata extraído de sus minas de Goslar (Baja Sajonia, Alemania Federal). Magnífico caos granítico entre las montañas de Harz, el de las "Noches de Walpurgis" legendarias. Se calcula en 20 millones las toneladas procesadas durante el auge de su "imperio". Minas aún operables con el mismo equipo de esos siglos de tenacidad y esfuerzos continuados, sin claudicaciones. Espíritu de lucha que perdura hasta en los uniformes del orfeón municipal de Gostar: un par de picotas mineras cruzadas, cual espadas de combate, sobre los dos parches del cuello, de corte militar.

La Confederación aportaba todos los bienes para la mantención del alma y el cuerpo medievales. El ámbar o piedra del sol, trocada como joya en la Edad de Bronce, servía ahora para rosarios en la Edad de la Fe; al igual que la cera y el incienso para altares fulgurantes en



El Ayuntamiento de Brujas, siglo XIV. (Provincia de Flandes Occidental).

pleno fervor de las Cruzadas; y para los viernes sin carne, en el calendario de los fieles. . . arenque y bacalao, sa'lado en... sus salinas, transportados en "sus" navíos y bien regados con las nutritivas y variadas cervezas de. . . la Hansa; y cuando Europa vestía "lana inglesa", aquélla suministraba el vellón y los telares. Un mercado común en regla, con la Hansa como cabeza directriz. Tal como en pequeño pretendemos con el Pacto Andino, OEA, la ALALC y otras tantas siglas.

La epopeya marítima portuguesa que culminó con la auténtica ruta a la India por el Cabo de Buena Esperanza, en 1487, y el descubrimiento de América más tarde, aseguraron las comunicaciones en mares otrora sin códigos ni dueños, lo que inició su paulatina declina-

ción. Internacionalizándose sus puertos e independizando a antiguos Estados federados, legados de las ricas facturas de su seno. ¡Y hasta los arenques emigraron al Mar del Norte, por una baja en la salinidad del Báltico! que con su 8% hace casi potable sus aguas. Posteriormente, con la venta al reino inglés de sus grandes acerías de Londres, en 1755, apresuró su ocaso, aunque no su fin. Muchos partieron a la América inglesa donde su dilatada experiencia y tremenda pujanza innata dieron vida a empresas poderosas, tales como la Hudson Bay Co., la Plymouth, Massachusetts y otros gigantes proyectos hidráulicos y minerales en el Labrador. Todo colosal, monumental, a gran escala, como en la astronomía.

Son enseñanzas de un pasado pródigo en cosechas abundantes, estables, secula-

res, que los hombres cultos no lo ignoran. Tiempos cuando nadie pretendía enriquecer de la noche a la mañana, y menos con frutos verdes.

El llamado "milagro alemán" es producto de virtudes de un pueblo. Porque en el terreno económico no hay milagros. Enormes capitales acumulados en siglos de trabajo organizado, con austeridad y ahínco. Las utilidades no pasaban de un 20% (claro que se desconocía la inflación). Viajaban con sus mercancías y dormían a su vera. En almacenes propios, distribuidos estratégicamente en el continente. Bajo protección armada y vigilados con rigor por sus "gildemeisters" para exigir a sus asociados la estricta ob-

servancia mercantil hanseática. Fueron aquéllos, los gremios, y no los demagogos profesionales, que levantaron, con espíritu asirio, aquella bodega y fundición elefantinas, que han cruzado siglos. Verdadero templo y emporio ciclópeo del comercio.

Sobrias pinceladas de un vigoroso pasado que nos vienen a la mente en momentos cuando, dramáticamente rescatados por los heraldos de las cuatro espadas, emprendemos la difícil marcha hacia la recuperación nacional. Como en forma honrada, clara y exhaustiva lo expuso don Fernando Léniz, Ministro de Economía, ante importantes figuras de nuestras fuentes productoras.

